

El castillo de los destinos cruzados

Italo Calvino

Edición al cuidado de
César Palma

Traducción de
Aurora Bernárdez

 Siruela

Biblioteca Calvino

El castillo

En medio de un espeso bosque, un castillo ofrecía refugio a todos aquellos a los que la noche sorprendía en camino: damas y caballeros, séquitos reales y simples viandantes.

Crucé un destartalado puente levadizo, desmonté en un patio oscuro, mozos de cuadra silenciosos se hicieron cargo de mi caballo. Me faltaba el aliento; las piernas apenas me sostenían: desde mi entrada en el bosque tales habían sido las pruebas, los encuentros, las apariciones, los duelos, que no conseguía restablecer un orden ni en mis movimientos ni en mis ideas.

Subí una escalinata; me encontré en una sala alta y espaciosa: muchas personas –seguramente también huéspedes de paso que me habían precedido en los senderos del bosque– estaban sentadas para cenar en torno a una larga mesa iluminada por candelabros.

Tuve, al mirar a mi alrededor, una sensación extraña, o mejor dicho, dos sensaciones distintas que se confundían en mi mente algo vacilante debido a la fatiga y turbada. Tenía la impresión de hallarme en una rica corte, cosa inesperada en un

castillo tan rústico y apartado, y no sólo por los ornamentos preciosos y la delicadeza de la vajilla, sino también por la calma y la molicie que reinaban entre los comensales, todos de bella apariencia y vestidos con atildada elegancia. Y al mismo tiempo tenía una sensación de azar y de desorden, e incluso de licencia, como si en vez de una casa señorial fuese aquélla una posada donde personas que no se conocen, de condición y países distintos, se encuentran conviviendo por una noche, y en cuya forzada promiscuidad cada uno siente que se relajan las reglas a las que se atiene en su propio ambiente, y, así como se resigna a modos de vida menos acogedores, así también condesciende a costumbres diferentes y más libres. Lo cierto es que las dos impresiones contradictorias podían referirse a un único objeto: o bien que el castillo, que desde hacía muchos años sólo servía para hacer paradas, se hubiera ido degradando poco a poco a posada y los castellanos se hubieran visto relegados al rango de posadero y posadera, aunque sin dejar de reiterar los gestos de su noble hospitalidad, o bien que una taberna, como las que suele haber en las inmediaciones de los castillos para uso de soldados y arrieros sedientos, hubiera invadido las antiguas salas señoriales instalando sus bancos y sus barriles, y que el fasto de aquellos ambientes –junto con el ir y venir de ilustres huéspedes– le hubiese conferido una imprevista dignidad, tanta como para que se les subiesen los humos al posadero y a la posadera, que habían terminado por creerse los soberanos de una corte fastuosa.

Estos pensamientos, a decir verdad, sólo me ocuparon un instante; más intenso era el alivio de encontrarme sano y salvo en medio de una selecta compañía y la impaciencia por entablar conversación (respondiendo a un gesto de invitación del

que parecía el castellano –o el posadero–, me había sentado en el único lugar que quedaba libre) e intercambiar con mis compañeros de viaje el relato de las aventuras vividas. Pero en aquella mesa, a diferencia de lo que ocurre siempre en las posadas y aun en los palacios, nadie decía una palabra. Cuando uno de los huéspedes quería pedir al vecino que le pasase la sal o el jengibre, lo hacía con un gesto, y también con gestos se dirigía a los criados para que le cortasen una rodaja de timbal de faisán o le escanciaran media pinta de vino.

Decidido a quebrar lo que creía un torpor de las lenguas tras las fatigas del viaje, quise lanzar una exclamación sonora como: «¡Que aproveche!», «¡En hora buena!», «¡Servidor!», pero de mi boca no salió sonido alguno. El repiqueteo de las cucharas, el tintineo de copas y platos bastaban para convencerme de que no me había vuelto sordo: no me quedaba sino suponer que había enmudecido. Me lo confirmaron los comensales, que también movían los labios en silencio, con aire graciosamente resignado: era evidente que el viaje por el bosque nos había costado a cada uno de nosotros la pérdida del habla.

Terminada la cena en un mutismo que los ruidos de la masticación y los chasquidos de las lenguas al paladear el vino no hacían más afable, permanecemos sentados mirándonos a las caras, con la angustia de no poder intercambiar las muchas experiencias que cada uno de nosotros quería comunicar. En ese momento, sobre la mesa recién recogida, el que parecía ser el castellano posó una baraja de naipes. Eran cartas de tarot más grandes que las de jugar o que las barajas con que las gitanas predicen el futuro, y en ellas se podían reconocer más o menos las mismas figuras, pintadas con los esmaltes de las más preciosas

miniaturas. Reyes, reinas, caballeros y sotas eran jóvenes vestidos con magnificencia, como para una fiesta principesca; los veintidós Arcanos Mayores parecían tapices de un teatro de corte, y copas, oros, espadas, bastos, resplandecían como divisas heráldicas ornadas de barras y campos.

Empezamos por desparramar las cartas sobre la mesa, boca arriba, como para aprender a reconocerlas y darles su justo valor en los juegos, o su verdadero significado en la lectura del destino. Y sin embargo parecía que ninguno de nosotros tenía ganas de iniciar una partida, y menos aún de interrogar el porvenir, privados como estábamos de todo futuro, suspendidos en un viaje ni concluido ni por concluir. Lo que veíamos en aquellas cartas de tarot era algo distinto, algo que no nos dejaba despegar los ojos de las doradas teselas de aquel mosaico.

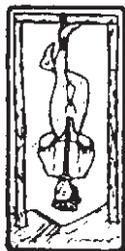
Uno de los comensales recogió las cartas dispersas, despejando buena parte de la mesa; pero no las juntó en una baraja ni las mezcló; cogió una y la echó. Todos advertimos la semejanza entre su cara y la cara de la figura, y nos pareció entender que con aquella carta quería decir «yo» y que se disponía a contar su historia.

Historia del ingrato castigado

Al presentársenos bajo la figura del *Caballero de Copas* –un joven lozano y rubio que ostentaba una capa refulgente de soles bordados y ofrecía en la mano tendida un presente como los de los Reyes Magos–, probablemente nuestro comensal quería informarnos de su rica condición, de su inclinación al lujo y a la prodigalidad, y también –al mostrarse a caballo– de su espíritu de aventura, aunque lo moviese –pensé para mí, observando todos aquellos bordados que cubrían la gualdrapa del corcel– más el deseo de aparentar que una verdadera vocación caballeresca.

El apuesto joven hizo un gesto como si requiriese toda nuestra atención y empezó su mudo relato colocando sobre la mesa tres cartas alineadas: el *Rey de Oros*, el *Diez de Oros* y el *Nueve de Bastos*. La expresión luctuosa con que colocó la primera de las tres cartas, y la de alegría con que mostró la siguiente, parecían querer darnos a entender que, muerto su padre –el *Rey de Oros* representaba un personaje un poco más viejo que los otros y de aspecto sosegado y próspero–, había tomado posesión de una copiosa herencia y salido





inmediatamente de viaje. Esta última proposición la dedujimos del movimiento del brazo al arrojar la carta del *Nueve de Bastos*, la cual –por la maraña de ramas tendidas sobre una rala vegetación de hojas y florecillas silvestres– nos recordaba el bosque que acabábamos de atravesar. (Más aún, examinando la baraja con ojo más agudo, el segmento vertical que cruzaba los otros palos oblicuos sugería precisamente la idea del camino que penetra en la espesura del bosque.)

Así pues, el comienzo de la historia podía ser éste: el caballero, no bien supo que poseía medios para brillar en las cortes más fastuosas, se apresuró a ponerse en marcha con una bolsa repleta de monedas de oro, a fin de visitar los castillos más famosos de los alrededores, con el propósito tal vez de conquistar una esposa de alto rango; y acariciando estos sueños se había internado en el bosque.

A esta fila de cartas se añadió una que anunciaba seguramente un mal encuentro: *La Fuerza*. En nuestra baraja de tarot este arcano estaba representado por un energúmeno armado, sobre cuyas malvadas intenciones no dejaban dudas la expresión brutal, el garrote dando vueltas en el aire y la violencia con que abatía, de un golpe seco, a un león, como se hace con los conejos. El relato era claro: en el corazón del bosque el caballero había caído en la emboscada de un feroz bandolero. Las más tristes previsiones quedaron confirmadas por la carta que vino después, es decir, el arcano duodécimo, llamado *El Ahorcado*, donde se ve a un hombre en pantalón y camisa, atado cabeza abajo, suspendido de un pie. Reconocimos en él a nuestro joven rubio: el bandolero, después de despojarlo de todas sus pertenencias, lo había dejado colgado de una rama, balanceándose cabeza abajo.

Lanzamos un suspiro de alivio ante la noticia que nos dio el arcano *La Templanza*, depositado por nuestro comensal sobre la mesa con expresión agradecida. Por él supimos que el hombre colgado había oído ruido de pasos y que sus ojos al revés habían visto a una muchacha, hija tal vez de un leñador o de un cabrero, que avanzaba, descubiertas las pantorrillas, por los prados con dos cántaros de agua, seguramente de vuelta de la fuente. No dudamos de que el hombre cabeza abajo sería liberado y socorrido y restituido a su posición natural por aquella simple hija de los bosques. Cuando vimos el *As de Copas*, con una fuente que fluye entre florecidos musgos y batir de alas, fue como si oyéramos allí cerca el rumor de un manantial y el jadeo de un hombre de bruces que aplaca su sed.

Pero hay fuentes –pensó seguramente alguno de nosotros– que, apenas se bebe en ellas, aumentan la sed en vez de aplacarla. Era previsible que entre los dos jóvenes prendiera –no bien al caballero se le hubiese pasado el mareo– un sentimiento que trascendía la gratitud (por una parte) y la compasión (por otra), y que este sentimiento encontrara en seguida un modo de expresarse – con la complicidad de la sombra del bosque– en un abrazo sobre la hierba de los prados. No es casual que la carta que vino después fuese un *Dos de Copas* ornado con una filacteria con la inscripción «amor mío» y florecida de nomeolvides, indicación más que probable de un encuentro amoroso.

Ya nos disponíamos –sobre todo las damas del grupo– a gozar de la continuación de un tierno lance de amor, cuando el caballero echó otra carta de *Bastos*, un *Siete*, donde entre los oscuros troncos del bosque nos parecía ver alejarse su tenue sombra. No había por qué engañarse con que las cosas hubiesen ocurrido de otro modo: el idilio





agreste había sido breve, pobre muchacha, flor del prado que se corta y se deja caer, el ingrato caballero ni siquiera se vuelve para decirle adiós.

Era evidente que en ese momento empezaba la segunda parte de la historia, quizá con un lapso intermedio: el narrador había empezado a colocar otras cartas del tarot en una nueva fila junto a la primera, a la izquierda, y puso dos cartas, *La Emperatriz* y el *Ocho de Copas*. El brusco cambio de escena nos desconcertó un momento, pero la situación no tardó en imponerse –creo– a todos nosotros, y era que el caballero por fin había encontrado lo que andaba buscando: una esposa de alto y rico linaje, como la que veíamos allí representada, una testa coronada, con su escudo de familia y su cara insípida –incluso un poco más vieja que él, como no dejaron de notar los más malignos de nosotros–, y un vestido enteramente bordado de anillos entrelazados, como si dijera: «Cásate conmigo, cástate conmigo». Invitación rápidamente aceptada, de ser cierto que la carta de *Copas* sugería un banquete de bodas, con dos filas de invitados que brindaban por los dos novios en el extremo de la mesa con el mantel enguarnaldado.

La carta siguiente, el *Caballero de Espadas*, anunciaba con su uniforme de guerra algo imprevisto: o un mensajero a caballo, portador de una noticia inquietante, había irrumpido en la fiesta, o el novio en persona había abandonado el banquete de bodas para acudir armado al bosque respondiendo a una misteriosa llamada, o quizá las dos cosas a la vez: enterado de una aparición inesperada, el novio había tomado inmediatamente las armas y saltado a su caballo. (Aleccionado por la pasada aventura, no asomaba fuera la nariz sino armado hasta los dientes.)

Esperábamos con impaciencia otra carta más explicativa y apareció *El Sol*. El pintor había repre-

sentado el astro del día en manos de un niño corriendo, mejor dicho, volando sobre un paisaje vario y dilatado. La interpretación de este pasaje del relato no era fácil; podía querer decir simplemente: «Era un hermoso día de sol», y en este caso nuestro narrador malgastaba sus cartas para referirnos detalles secundarios. Tal vez, más que en el significado alegórico de la figura, convenía detenerse en el literal: se había visto a un pilluelo semidesnudo corriendo por las inmediaciones del castillo donde se celebraba la boda, y para seguirlo el novio había abandonado el banquete.

Pero no había que descuidar el objeto que el niño transportaba: en aquella cabeza radiante podía estar la solución del enigma. Posando de nuevo la mirada en la carta con que se había presentado nuestro héroe, volvimos a pensar en los dibujos o bordados solares de la capa que llevaba cuando lo atacó el bandolero; tal vez aquella capa que el caballero había olvidado en el prado de sus fugaces amores ondeaba ahora en la campiña como una cometa, y para recuperarla se había lanzado en persecución del pilluelo, o bien empujado por la curiosidad de saber cómo había llegado allí, es decir, qué relación había entre la capa, el niño y la joven del bosque.

Esperábamos que estos interrogantes los despejase la carta siguiente, y cuando vimos que era *La Justicia* nos convencimos de que este arcano — que no sólo mostraba, como en las barajas comunes de tarot, una mujer con la espada y la balanza, sino también, en el fondo (o, según como se mirara, sobre una luneta que dominaba la figura principal) un guerrero a caballo (¿o una amazona?) con armadura, lanzándose al ataque— encerraba uno de los capítulos de nuestra historia más densos en acontecimientos. No podíamos sino aventurar conjeturas. Por ejemplo: cuando estaba





a punto de alcanzar al pilluelo de la cometa, otro caballero perfectamente armado le cerró el paso.

¿Qué podían haberse dicho? Para empezar:

—¿Quién vive?

Y el caballero desconocido se descubría el rostro, un rostro de mujer en el que nuestro comensal reconocía a su salvadora del bosque, ahora más plena, resuelta y sosegada, con una melancólica sonrisa apenas esbozada en los labios.

—¿Qué quieres de mí? —le habría preguntado entonces.

—¡Justicia! —decía la amazona. (La balanza aludía precisamente a esta respuesta.)

Más aún, pensándolo bien, el encuentro podía haberse producido así: una amazona a caballo salía del bosque a la carga (figura sobre el fondo o luneta) y le gritaba:

—¡Alto ahí! ¿Sabes a quién vas siguiendo?

—¿A quién?

—¡A tu hijo! —decía la guerrera descubriéndose el rostro (figura de primer plano).

—¿Qué puedo hacer? —le habría preguntado nuestro hombre, presa de un rápido y tardío remordimiento.

—¡Afrontar el juicio —(*balanza*)— de Dios! ¡Defiéndete! —y blandía la espada (*espada*).

«Ahora nos contará el duelo», pensé, y en efecto, la carta que apareció en aquel momento fue el rechinante *Dos de Espadas*. Volaban en pedacitos las hojas del bosque y las plantas trepadoras se enroscaban en el filo de las armas. Pero los ojos desconsolados con que el narrador miraba esa carta no dejaban lugar a dudas sobre el final: su adversaria resultaba ser una aguerrida espadachina; le tocaba a él, ahora, yacer ensangrentado en medio del prado.

Vuelve en sí, abre los ojos ¿y qué ve? (Eran los gestos un poco enfáticos, todo sea dicho, del na-

rrador los que nos invitaban a esperar la carta siguiente como una revelación.) *La Papisa*: misteriosa figura de monja coronada. ¿Lo había socorrido una monja? Miraba la carta con ojos espantados. ¿Una bruja? Alzaba las manos suplicantes en un gesto de terror sagrado. ¿La gran sacerdotisa de un culto secreto y sanguinario?

—Has de saber que en la persona de la muchacha has ofendido —(¿qué otra cosa podía haberle dicho la papisa para provocar en él esa mueca de terror?)— has ofendido a Cibeles, la diosa a quien está consagrado este bosque. Ahora has caído en nuestras manos.

Y qué podía haber respondido él, como no fuese un balbuceo de súplica:

—Expiaré, favoreceré, piedad...

—Ahora perteneces al bosque. El bosque es pérdida de uno mismo, mezclanza. Para unirse a nosotras debes perderte, despojarte de tus atributos, desmembrarte, transformarte en lo indiferenciado, unirse al tropel de las Ménades que corren gritando por el bosque.

—¡No! —fue el grito que vimos brotar de su garganta enmudecida, pero la última carta completaba ya el relato, y era el *Ocho de Espadas*: los filos cortantes de las desmelenadas seguidoras de Cibeles caían sobre él, despedazándolo.

